

Discurso de recepción del académico Raymundo Manuel González de Peña*

Roberto Cassá Bernaldo de Quirós**

Señor presidente de la Academia Dominicana de la Historia,
Colegas académicos presentes,
Damas y caballeros.

Raymundo González, sin lugar a dudas, desde su juventud se ha erigido en uno de los historiadores que han realizado una labor más productiva y original en la interpretación de los contornos de la evolución del pueblo dominicano. Cuando los numerarios de la Academia Dominicana de la Historia decidieron incorporarlo a su rango, calibraron los méritos acumulados por él como ciudadano, intelectual e historiador. Su persona es un acopio refulgente y natural de atributos excelsos de la humanidad, tales como la solidaridad, la generosidad, la integridad y la compasión. Él es uno de los escasos seres humanos que he conocido inmunes a tantas pasiones negativas que mellan la calidad moral. Es de los que prefieren, sin ambages, situarse junto a los oprimidos antes que beneficiarse de su capacidad para ser aceptado entre los privilegiados. Su actitud ha mostrado una consistencia inmovible en la asunción del imperativo de un orden superior, negador del presente, en el que prevalezcan la igualdad y la solidaridad.

* Pronunciado en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia, la noche del 13 de diciembre del 2004.

** Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.

Pero, además, lo adornan los atributos de la inteligencia y la constancia, que le han permitido hacerse el intelectual que corona su condición moral. Desde niño se hizo un lector asiduo y disciplinado. Supo nutrirse de lo que le transmitieron sus maestros de la primera juventud, entre los que conozco a Julio Sánchez, Leo Valeirón, Julio Zayas y Marcos Villamán, en una época de efervescencia de intenciones nobles entre los jóvenes.

Resulta natural que en su discurso el saber haya resumido rigor, como es característico de todos sus escritos. Esto no es ajeno a la virtud que verdaderamente le confiere singularidad a su persona, quintaesencia de su sustancia moral, política e intelectual: la modestia, como sabemos a perfección quienes lo conocemos. Sus escritos son una prolongación espontánea de su vida. Precisamente como parte de su rigor, se contrapone a lo apodíctico, y avanza en el reconocimiento de la realidad con suavidad y una consiguiente fortaleza, a la usanza de la metáfora taoísta acerca de la propiedad corrosiva de la blanda agua.

En cierta manera este discurso resume el estado de la cuestión a que ha llegado en el estudio de la sociedad colonial. Concedor de las claves de la historia dominicana, las ha tamizado a través del contacto con los pensadores sobre sus materias. De esta manera, se ha constituido doblemente en especialista de la historia social y de la historia intelectual. En el ámbito social, su especialización como investigador se ha orientado hacia el período colonial, específicamente, el siglo XVIII. La compenetración con los procesos de esa centuria le ha permitido forjarse nociones estratégicas sobre algunos de los grandes procesos de la historia dominicana y de su procesamiento por parte de los pensadores, sin importar sus signos opuestos, desde Pedro Francisco Bonó hasta Manuel Arturo Peña Batlle.

Inició su familiarización con el hasta entonces cuasi-ignoto siglo XVIII, en la segunda mitad de la década de



1980, como integrante de la misión en el Archivo General de Indias en Sevilla, dirigida por fray Vicente Rubio, en la cual también participó Genaro Rodríguez. Esos años de incursión en los centenares de legajos relativos a dicha centuria operaron como coronación práctica de su formación cultural, forjando al erudito sobre el fundamento del teórico que ya era, tornándolo “técnico y científico” al mismo tiempo acerca de hechos, datos, personas, estructuras y procesos de desarrollo y cambios. Con tal bagaje se ha encontrado en condiciones para concebir una teoría en movimiento acerca de aquellas lejanas décadas, plasmada en una vasta gama de artículos.

El sentido de compromiso inherente a él lo vincula a una atención prioritaria por la vida de los estratos de la población pobre, aquellos supuestamente carentes de historia. Sin proponérselo taxativamente, al menos hasta cierto punto, ha cuestionado productivamente los supuestos elitistas y excluyentes de las elaboraciones de los historiadores tradicionales, para quienes el único factor dinámico de la historia dominicana ha sido patrimonio de las minorías dirigentes.

La empresa intelectual por él desarrollada ha propendido a rescatar contornos de la existencia de las clases populares y a proyectar su pragmática social y cultural en beneficio de la colectividad dominicana del presente. Esta labor historiográfica sin precedentes se ha centrado en el campesinado, la clase trabajadora por excelencia tras la abolición de la esclavitud, como lo puso de relieve ese grandioso del análisis socio-histórico que fue Pedro Francisco Bonó, inspirador de las miradas renovadas de nuestro nuevo compañero numérico.

Advierte que el campesinado no es una entidad cosificada, sino un sujeto cambiante y dependiente de la evolución de múltiples planos de relaciones. De ahí que su perspectiva de rastreo de los orígenes del campesinado, por medio de la categoría de “arcaico”, haya sido la de la exploración de líneas paralelas, expresión de evoluciones múltiples y desiguales de



figuras sociales, entre las cuales se halla el montero, el objeto o, yo diría, en cierta manera, el pretexto de esta radiografía de la mecánica social de una centuria.

Lo que está en juego en el discurso no es describir al montero, y menos detenerse en el plano del folklore o del exotismo, sino rastrear su ubicación dentro de circunstancias macrohistóricas. Desde tal perspectiva, lo que se nos ofrece hoy es nada menos que una síntesis sumaria de la dinámica estructural del siglo XVIII que condujo a la eclosión de las modalidades incipientes del campesinado, entre las cuales destaca la del montero.

Ahora bien, el hecho de que no se detenga en lo anecdótico, al grado de que ni siquiera refiere como problema los tópicos de la primera novela dominicana con ese nombre y de la autoría de Bonó, no significa que desconozca el papel activo de la figura social, consignando su trascendencia para la consolidación del estilo de vida autónomo de libres pobres y libertos. Visualiza en ello, con incisiva capacidad explicativa, la relación entre los mecanismos de reproducción del sistema esclavista patriarcal y las particulares modalidades de resistencia de esclavos y otros sectores subalternos.

Lejos del tópico de la historiografía tradicional acerca de la conformidad perfecta de esclavos y libertos, correlato de su nulidad, el montero es una expresión de los anhelos de autonomía que permitían las grietas del sistema. Fue, por tanto, un hacedor activo de historia, en primer término en la plasmación de su capacidad de intervención en el terreno militar, que lo llevó a constituirse en una categoría explicativa de la subsistencia del conglomerado proto-dominicano frente a los intentos absorbentes de los franceses del occidente de la isla. Al mismo tiempo, el montero fue la encarnación de un estilo de vida que defendió con ayuda de su eficacia en el terreno de la lucha por la subsistencia y de la búsqueda de la autonomía social.



En consecuencia, lo que Raymundo González emprende trasciende incluso a la ubicación de la génesis de determinadas categorías sociales, no obstante su atención al protagonismo de las figuras del pueblo; más allá, radica en la búsqueda explicativa de los rasgos originales del siglo XVIII, visualizado como un momento de conformación estructural llamado a tener repercusiones cruciales en el decurso ulterior del proceso histórico dominicano. El montero, al igual que las restantes figuras del campesinado en su génesis arcaica, responde a la dinámica estructural de un orden esclavista no evolucionado, en una fase de progresiva descomposición, conectada con la configuración de un escenario de complejo debate social y cultural.

Lo que podemos inferir es que el sistema se encontraba inserto en una dinámica crónica de descomposición, de donde emanaba la imposibilidad de la transición a una fase consolidada y de donde igualmente provenía el requerimiento de someter a las indisciplinadas clases subalternas. Frente a la pretensión de los poderosos por someter a cánones disciplinarios a la población trabajadora, en búsqueda de que generara mayores márgenes de excedentes, el montero simbolizaba la imagen idealizada por los poderosos de la supuesta barbarie rural, remisa a toda noción de civilización y progreso.

Precisamente, en esta temática ideológica y clasista se inserta una de las preocupaciones constantes de nuestro nuevo compañero numerario: la crítica a la ideología del progreso emanada de los sectores ilustrados, adscritos excluyentemente al etnocentrismo del mundo occidental como fuente del único modelo posible de sociedad y cultura. Frente a tal aserto, se legaliza en retrospectiva y, por extensión, en el terreno de la historicidad actual, la alternativa de modos de vida que no se compaginen con el paradigma de la modernización.

En definitiva, para Raymundo González, en lo fundamental, la conformación del colectivo dominicano no ha sido sino el producto de la historicidad de los sectores subalternos.



Aunque la noción de su estructuración nacional haya emergido de porciones ilustradas de los sectores dirigentes, no hicieron más que sustentarse en las realidades generadas en primer lugar por la acción del campesinado y sus expresiones. Particularmente, la gestación de la noción de una comunidad de iguales, síntesis del ideal nacional, tuvo que hacerse en contraposición con el exclusivismo ideológico y social de los sectores superiores. A mi juicio, en problemas de este tipo radica la trascendencia de la elaboración historiográfica sintetizada brillantemente esta noche.

De lo anterior concluyo con que la sustancia de la producción de Raymundo González obliga a su lectura como un referente intelectual de primordial actualidad. Si bien él representa la antítesis de aquellos que, arrogantemente, se proclaman introductores exclusivos del saber, tenemos en él a un maestro, porque sus textos contribuyen a sugerir la reflexión creadora. Entre sus méritos pertinentemente se encuentra la dedicación a la labor educativa, aplicada en el Centro Poveda, en su militancia en organizaciones populares como Copadeba, en la cátedra en el seminario jesuita y en los cursos de postgrado de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Tal pragmatismo pedagógico se canaliza en una prosa llana y directa, de brillantez expositiva por retratar un afán creativo, pese a estar exenta de pretensiones literarias.

Habiendo tenido el privilegio de ser su profesor de historia en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, en las postrimerías de la década de 1970, impresionado por la capacidad de vuelo aventajado del alumno, con estas palabras de recepción, me toca el nuevo privilegio de hacer entrega del cetro de académico a nuestro delfín en edad y exponente renovador de la reflexión historiográfica dominicana de nuestros días.

